

2.000 AÑOS DE AMOR

MARIA DUPLESSIS



LA AUTENTICA "DAMA
DE LAS CAMELIAS"
VIVIO Y MURIO BAJO EL
SIGNO DE LA SOLEDAD

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

PARIS, 24 de febrero de 1847. En un piso del Boulevard de la Madeleine, no demasiado grande, no demasiado lujoso, se amontona la gente. Los ávidos de sensaciones excitantes, los coleccionistas de curiosidades, han llegado al anuncio de la subasta de los objetos que pertenecieron a una mujer famosa.

Hace apenas dos semanas aún acentaba en esa misma casa, aún escuchaba la canción triste que ella misma enseñó al pájaro exótico que se balancea en una blanca jaula, aún se miraba en el espejo del tocador donde se reflejan frascos de cristal tallado, llenos de perfumes ya inútiles. El pájaro, los cristales, sus guantes, un chal ajado... poco más queda de lo que fue María Duplessis, «la Dama de las

Camelias». Sus objetos de valor fueron desapareciendo poco a poco en manos de los acreedores o en las arcas del Monte de Piedad; pero todo, hasta la cosa más mínima, es motivo de interés para los compradores. Y más que el resto, el Cristo de porcelana de Sèvres ante el que María oraba y que nadie esperaba encontrar en las habitaciones de la cortesana famosa.

A esa sorpresa se unió otra, al aparecer en el fondo de un cajón el testamento de la muerta: «Llego el producto de la venta de mis muebles a mi sobrina —(su hija, quizá)— a condición de que no venga jamás a París.»

¿Por qué esa condición? ¿Acaso París no proporcionó a María halagos, riqueza, amor? ¿Por qué ese último gesto de volver la espalda a la gran ciudad dispensadora de fortuna?

Greta Garbo interpretó el papel de Margarita Gautier en la película que dirigió Cukor.

Una serie de reportajes históricos sobre la vida sentimental de figuras célebres

Sólo unos pocos lo saben. Los que asisten a la subasta con el corazón entristecido: Clotilde, su camarera, su confidente, su hermana casi, y Alejandro Dumas, el único gran amor de la muerta.

Porque María estuvo siempre sola en la ciudad desbordante de gente. Porque por los dones recibidos tuvo que pagar con la vida, y demasiado pronto. Cuando murió, tenía sólo veintitrés años.

una historia increíble

La vida de la que iba a ser «La Dama de las Camelias» comenzó con tal derroche de azares turbulentos, que ningún novelista, ni aun los de imaginación más exuberante, se hubiera atrevido a concebir.

Su padre se ganaba el pan yendo de pueblo en pueblo a vender talismanes de la suerte, fórmulas para hacerse amar, sistemas infalibles para desencadenar la lluvia. Personaje de conseja medieval, violento, desequilibrado sin duda —la última noche que su hija le vio fue después de que incendiara el hogar familiar y se alejara conjurando al diablo para que atizara las llamas—, abandonó a sus dos hijas a su suerte. Alfonsina, que iba a escoger poco después el nombre de su madre, María, vagó de un lado a otro hasta encontrar acomodo en una troupe de gitanos en viaje hacia París. La muchacha, una vez en la gran ciudad, se desvincula de sus eventuales compañeros. Tiene catorce años, una figura esbelta, fina, «ojos negros, de

esmalte, como una japonesa, los labios del rojo de las cerezas, y los más bonitos dientes del mundo...», como escribirá más tarde Alejandro Dumas.

Es la época de los «leones», jóvenes refinados, casi siempre millonarios, casi siempre aristócratas, insolentes, cultivadores del hastío, clientes habituales del Café de París, los Jardines del Tivoli, la Ópera. Llevan los cabellos largos, las uñas cortadas en punta, la cintura marcada por el corte sabio de la levita y les importa poco perder la vida en un duelo si el motivo les parece divertido o hermoso. Y tienen sus musas, sus «damas de corazón»: mujeres divinamente vestidas, alegres, muy exigentes en materia de dinero y poco en otras, entre las que María Duplessis pronto iba a ocupar un lugar privilegiado.

aparece armando duval

La Duplessis es una mujer distinta. Para sus adversarias, que la envidian profundamente, es incomprensible que pueda gustar con su delgadísima silueta, sus mejillas pálidas. Para los hombres que la rodean, es sorprendente su agudeza, su entusiasmo por una frase ingeniosa, su interés por conocer a los grandes escritores de la época.

En la casa que la devoción del antiguo embajador de Austria, el conde de Stackelberg, le ha ofrecido, la Dama de las Camelias recibe a la más brillante sociedad de París en su representación masculina. Nobles, diplomáticos, artistas... Y una noche, el

hijo de uno de los más notorios novelistas franceses: Alejandro Dumas. Como el Armando Duval de la que iba a ser más tarde su famosa obra, era joven, atractivo, de buena familia y pobre. Cuando sus relaciones amorosas con María no se cuentan más que por semanas, ya ha caído en manos de los usureros. Ella no conoce el valor del dinero. Está demasiado acostumbrada a que se le ofrezca fácilmente: a que las joyas de «chozo» Halfen, los encajes de Malinas y los ramos de camelias lleguen todos los días a su tocador como una ofrenda natural y simple.

No dice la historia que Dumas padre haya aparecido en la vida de María para pedirle la libertad de su hijo, como hace el viejo señor Duval en la novela; pero es evidente que la muchacha tuvo conciencia del peligro que corría su enamorado siguiendo junto a ella. Trató de apartarlo de su vida, espaciando las citas al principio, y más tarde, viendo que su actitud no era suficiente para desengañar a Alejandro, haciéndole ver la necesidad en que se encontraba de continuar sus relaciones con el conde de Stackelberg.

El joven Dumas es demasiado digno para aceptar tal situación. Le pone fin, luego de once meses de amor apasionado, con esta carta:

«No soy lo bastante rico para amaros como quisiera, ni bastante pobre para ser amado como vos queríais. Olvidemos pues: vos, un hombre que os debe ser casi indiferente; yo, una felicidad que me resulta imposible. No hace falta que os diga cuál es mi pena, ya que sabéis bien cuánto os amo. Adiós. Tenéis demasiado corazón para no comprender la razón que me lleva a escribir esta carta y demasiado espíritu para no perdonarme. Todo mi recuerdo.

ALEJANDRO DUMAS.»

No volvieron a verse; pero él continuó pensando en ella.

Dos años después, desde Argelia, le escribió pidiéndole perdón por aquella ruptura. Pero la carta llegó con demasiado retraso. La Dama de las Camelias acababa de morir.

el viaje imposible

El final de sus relaciones con Dumas, quizá también la proximidad de la muerte, dejaron a María en un estado de postración de la que sus pocos verdaderos amigos creyeron que no podría reaccionar. Los accesos de fiebre se hacían cada vez más intensos, su palidez más impresionante. Sola en su cuarto, encerrada frente al fuego de la chimenea, acariciaba la cabecita de su perro «Tom» y pensaba en la muerte sin pena, casi con ilusión.

Quizá este especial estado de ánimo fuera la razón de que su vida y la de Franz Liszt, entonces en el apogeo de su gloria de compositor e intérprete, se encontraran. El acababa de romper con la condesa de Agoult. También, como María, se sentía solo, vacío, y en ella creyó hallar el nuevo amor capaz de devolverle la alegría.

La Dama de las Camelias se deja llevar por los transportes apasionados del pianista. Quizá sea posible aún la dicha, quizá no sea absurdo esperarla... Y, con él, hace los preparativos para un largo viaje.

«Te llevaré a Turquía —dice él en una carta—, a un país que se te parece: cálido, perfumado, con minaretes al borde de las olas...»



Franz Liszt, el gran compositor húngaro, fue el último y fracasado amor de la solitaria «Dama de las Camelias».

Liszt parte el primero. Tiene que puntualizar los detalles concernientes a varios conciertos en Alemania. Luego se encontrarán en la antigua capital húngara, Pest, para seguir viaje juntos.

Pero María no realizará jamás ese sueño. Está agotada, vencida por la enfermedad. Apenas si tiene fuerzas para arrastrarse hasta Baden y Ems, en la esperanza de que sus aguas, su clima, la ayudarán a recobrar. Esperanza fracasada. Regresa a París para encerrarse en su piso, donde comienzan a sonar, cada vez más frecuentes, las imperiosas llamadas de los acreedores. La soledad, que hasta entonces era compañera íntima y secreta, se hace presente en todos los momentos de su vida. Con su rostro destruido por la fiebre, su cuerpo descarnado, su boca que ha olvidado la sonrisa, ya no puede ser motivo de vanidad para nadie, y nadie viene a buscarla.

Se acerca a la ventana y mira la calle. Es el 1 de febrero de 1847. Empieza el Carnaval. Parejas escondidas bajo dominós de seda cruzan alegremente las calles. Otras mujeres, como ella misma, dan el brazo a hombres que se enorgullecen de llevarlas a su lado. Con un gesto amargo deja caer la cortina y se arrodilla en su reclinatorio, ante la imagen del Cristo de Sévres. Y después, tranquila, hace llamar a un sacerdote. No es un último recurso desesperado del alma perdida que busca asidero. Dios era una presencia constante en el pensamiento de María Duplessis. Iba a menudo a la iglesia, pero, como confió un día a Alejandro Dumas, «a las horas en que El no pueda avergonzarse de mí».

El 3 de febrero María exhaló su último suspiro. El reducido acompañamiento que la condujo hasta el cementerio de Montmartre, atravesó las calles llenas de algarabía, de color y ruido, como un intruso molesto.

María Duplessis desapareció del mundo y la Dama de las Camelias entraba para siempre en la leyenda.

C. V. V.



Alejandro Dumas, autor de «La Dama de las Camelias» y gran amor de la Duplessis.